

PIÉRDETE PARA ENCONTRARTE

Tenía toda la tarde para mí. Al mirar por la ventana, pude ver cómo los almendros floridos anunciaban la llegada de la primavera y el sol se había atrevido a regalar, por fin, su presencia tras multitud de días grises que apagaban el ánimo e invitaban forzosamente a quedarse en casa. Estaba decidido a no desaprovechar aquella oportunidad de salir a pasear y perderme por los rincones desconocidos de aquel lugar que ahora me acogía como a uno más de sus ciudadanos habituales.

Calzado con mis deportivas nuevas, caminé en dirección a la frondosa ribera del río que bordeaba toda la ciudad. Casi me había olvidado del placer que producía sentir la brisa fresca en el rostro, acompañada por la calidez de los rayos del sol.

No era consciente entonces de cómo esta pizca de energía positiva, insuflada por el improvisado paseo, iba a poner mis ideas y sentimientos en orden y a dotarme de la perspectiva necesaria para entender que llevaba demasiados años sin ser dueño de mi tiempo, perdiéndome los momentos más valiosos de la vida, que son precisamente, los que consisten en disfrutar de las cosas más sencillas como, por ejemplo, un agradable paseo.